

El orgullo de Juan Medina

Aún no había empezado a clarear cuando el ruido de la puerta al cerrarse despertó a Manuel Medina. Caminó descalzo por el suelo frío para ver que su madre acababa de entrar en la casa con un cántaro de agua. Volvió a su cuarto y se quedó un momento delante del candil, dudando entre encenderlo o no. Tras unos instantes de pie se tumbó de nuevo en su colchón de paja. Estaba tan cansado, le dolían tanto los huesos, que unos minutos más de descanso serían un regalo. Sin embargo, no pudo volver a conciliar el sueño. Pensaba que antes de acostarse tendría que haberse dado cuenta de que no quedaba agua, así le habría evitado a su madre salir por la mañana a sacarla del pozo.

Un rato después fue ella la que le avisó. “Manuel, despierta”, –dijo en voz baja– y él no tardó casi nada en vestirse con su blusón de crudillo y su pantalón de pana y calzarse sus sandalias de esparto para ir a la cocina. Sobre todo le dolían los hombros, pero no quería aparentar cansancio ni mostrar debilidad delante de su madre. Se sentó a la mesa sin tocar la sartén de migas que ella acababa de dejar en el centro y esperó a que retirase de las brasas el puchero con el café. El aroma del café recién hecho se mezcló en la cocina con el olor a leña. La mujer sirvió un tazón para su hijo y otro para ella, apoyó el codo en la mesa y dejó reposar la mejilla en la palma de la mano mientras miraba como su hijo empezaba a desayunar.

–¿Está usted preocupada por algo, madre?

–¿Yo?, ¿por qué habría de estarlo? –contestó ella sin convicción.

–Porque lleva usted unos días muy callada, madre. No crea que no se lo he notado. Y casi no duerme. Esta mañana era bien temprano cuando se ha levantado.

–Las personas dormimos menos cuando nos hacemos mayores. Es cosa de la edad.

–Pero usted es joven todavía. No debería estar siempre tan triste... ni tan callada.

Y ella dibujó una sonrisa frágil con los ojos puestos en las manos grandes y encallecidas de su hijo, que ocultaban casi por completo el tazón de café, y dejó asomar en su rostro una expresión de pena al ver su tez tan curtida con tan solo veinte años, y como si hubiese visto su propia imagen de duelo reflejada en un espejo y quisiera evitar que Manuel también la viese, se levantó rápido de la mesa y se agachó en un rincón para cambiar unos cacharros de un barreño a otro.

–Anda. ¡Tómate el café, que te hará bien al estómago! –dijo con firmeza intentando hablar de otra cosa.

–Usted dirá lo que quiera, madre, pero la veo muy sería. –insistió Manuel al salir de casa.

Ella se apoyó en el marco de la puerta para seguirle con la mirada, como cada día, hasta que su figura se perdiese en la lejanía. En la alforja de lona le había metido un pedazo de pan de hogaza, una tira de tocino veteadado y un par de arenques en salazón. Era la alforja de lona de su padre. Manuel se parecía cada día más a él. Se lo recordaba hasta en la forma de colgarse la bolsa a la espalda y alejarse de casa en dirección a los campos. Y también pensó que había heredado su altivez. Y su orgullo. Para bien o para mal Manuel heredó el orgullo de Juan Medina, su padre.

Fue precisamente su orgullo lo que le obligó a huir del pueblo hace ya doce años. Un arranque de orgullo que ella no había dejado de tener presente cada día desde entonces. Aquel domingo Juan se empeñó en ir a misa de una. A esa hora la iglesia estaba cubierta con las flores que las niñas del pueblo empezaban a preparar al salir de misa de nueve. El sacristán las reunía en la puerta de la iglesia para pasar lista y les daba las instrucciones para adornar la iglesia, siempre las mismas, las repetía cada domingo como una cantinela para que no hubiese equivocaciones. Lo primero que hacían era sacar los maceteros y formar un pasillo que ascendía por la escalinata de entrada hasta la puerta principal. Cuando la celebración era especialmente relevante el párroco ordenaba la colocación de una alfombra para recibir a las autoridades y el sacristán conseguía de forma casi milagrosa que estuviese impecable, sin una sola arruga. La fachada se decoraba trenzando los tallos de las flores y atándolas al enrejado de las ventanas y balcones. En los bancos centrales del interior se colocaban flores blancas y amarillas, y en las imágenes y en el altar mayor ramos muy coloridos que atraían todas las miradas. Poco antes de empezar la misa se encendían los cirios y las velas de las ofrendas para que el olor de la cera quemada y el de las flores silvestres eliminase el olor a sudor, campo y trabajo que habían dejado los fieles en la misa de nueve.

La iglesia se llenaba poco a poco. Muchos venían de los cortijos cercanos, a caballo o en coche de caballo. Los carruajes disminuían la velocidad cuando asomaban por la avenida para tardar más tiempo en llegar. Sus propietarios conseguían así dilatar unos minutos en los que se sentían admirados. Después descendían de los coches con un ritual estudiado: se dejaban ver por los presentes con indiferencia hasta que alcanzaban los últimos peldaños de la escalinata y desde allí ordenaban al cochero, con un gesto visible para todo el mundo, que se retirase. Los jinetes, sin embargo, solían pasar por delante de la puerta y descabalgaban al final de la calle para regresar a pie. Siempre había algún mozo dispuesto a hacerse cargo de los caballos por unos céntimos. Era el momento de acompañar a alguna de las elegantes damas que acudían al templo con sus vestidos de talle ceñido y tela fina y sus sombreros cargados de adornos.

Si la llegada a la iglesia era en sí mismo una fiesta, la salida lo era aún más. Fue entonces cuando dos señoritos a caballo y uno de sus capataces empezaron a piropearla, menospreciándole a él. Ella llevaba un vestido de domingo en tonos claros, adornado con un delantal ribeteado de puntillas, muy humilde, pero que lucía con una gran dignidad. Su hijo Manuel iba entre los dos, cogido de la mano.

–Disculpen, señores, es mi mujer y queremos la fiesta en paz, –dijo Juan Medina intentando quitarle importancia a la descortesía de los tres jinetes.

–Vaya, si a la gran dama le acompaña un caballero –dijo uno de ellos provocando las risas de un grupo de personas que también paseaba por la avenida de la iglesia.

–Señor, basta de bromas. Les repito que queremos la fiesta en paz –insistió Juan Medina.

Entonces uno de los señoritos, el que hablaba con más sorna, se bajó del caballo. –Tienes una mujer muy guapa que puede venir a la iglesia cuando quiera, pero tú no deberías venir a esta hora, sino a la hora a la que vienen los destripaterrones –dijo aproximándose a ella.

Juan Medina extendió el brazo y agarró al hombre por la pechera, mirándole fijamente.

–¡Suéltame, gañán! ¡Ni se te ocurra volver a tocarme! –exclamó el señorito golpeando con la fusta al jornalero. Después se giró para montar en su caballo, que el capataz tenía sujeto por las bridas. El grupo de gente ya era numeroso. Entonces, sintiéndose ridiculizado, y para no parecer que se arredraba ante el temple de Juan Medina, se volvió y burlándose de él, exagerando la voz, exclamó:

–Me siento ofendido, señor. Envíeme usted a sus padrinos y nos batiremos en duelo –dijo dándole una bofetada.

–Un duelo con sable –agregó el otro señorito riendo.

–Mejor con boñigas de cabra –continuó el hombre que inició la burla, dirigiéndose a los presentes para provocar su risa.

Y no contó ni con el orgullo ni con el temple de Juan Medina. El mismo orgullo que, para bien o para mal, había heredado su hijo Manuel.

–Despídete de tu familia, –dijo Juan desafiante, lo que no hizo más que aumentar las risas entre nerviosas y burlonas de los señoritos.

Juan Medina se fue caminando con su mujer y su hijo hasta su casa. No pronunciaron ni una sola palabra durante la comida. Al terminar, Juan se levantó de la mesa, preparó unas cuantas cosas en un hatillo y se despidió de su familia.

–¿A dónde vas? –dijo ella.

–Tú lo sabes, María. Lo sabes bien.

Juan Medina no oyó las súplicas de su mujer. Se encaminó al casino, en la plaza del pueblo, y esperó a que su agresor terminase su tarde de juegos. Al atardecer, en la puerta del casino, a la vista de los vecinos del pueblo, le gritó:

–Tenemos un duelo pendiente.

–¿Otra vez tú? ¿No has tenido bastante o es que quieres que te mate?

–Tenemos un duelo pendiente, pero no será con boñigas de cabra, sino a navaja.

A María Contreras le llegó pronto la noticia de la muerte del señorito. Sabía que si el muerto hubiese sido su marido todo habría quedado en nada, que si los dos hombres hubiesen sido miembros de la nobleza, la historia hablaría de un duelo entre caballeros. Pero se hablaba del asesinato cometido por Juan Medina, y a ella tan solo le quedaba miedo, dolor y soledad.

Aquel día, doce años después, Manuel se fue a trabajar y María estuvo todo el día nerviosa quitando hierbas y piedras de los campos sin apenas hablar con las demás mujeres. Llevaba un tiempo pensando cómo contarle lo que le preocupaba y él ya la había notado rara. Regresó caminando más despacio que otros días, y antes de llegar a casa se sentó a la sombra de un olivo, junto al camino, en el que le gustaba detenerse de vez en cuando. Finalmente, entró en casa y se puso a limpiar como si le fuese la vida en ello. Cortó flores silvestres para adornar todos los rincones de la cocina, hizo un gazpacho para cenar, puso en la mesa el mantel bordado en punto de cruz del ajuar y colgó en las ventanas los visillos a juego, dobló las servilletas y colocó sobre ellas los cubiertos relucientes. Eran casi las ocho cuando se sentó en la puerta de la casa, mirando hacia el camino, esperando a que llegase Manuel de trabajar.

Le recibió con un beso y no le dejó entrar. Le dijo que primero se tenía que lavar. Manuel se acercó al pozo y se lavó con el agua que había en el cubo obedeciendo a su madre sin rechistar. Después fue ella la que le acercó una toalla. Él no dejaba de mirarla

con extrañeza al notar el brillo de sus ojos y el pequeño cambio de costumbres en la vida diaria. Se sorprendió aún más cuando al entrar en la casa se encontró con una cocina llena de flores y una mesa que no había visto ni en los mejores días de fiesta.

–¿Se puede saber qué celebramos, madre? –dijo el joven con una sonrisa antes de sentarse a la mesa.

–Nada. Quería decirte que llevabas razón esta mañana cuando me has preguntado si estoy preocupada.

–¿Pasa algo grave? ¿Me lo va a contar?

–Creo que tu padre quiere que vayamos a buscarle –dijo sin rodeos.

–¡Qué dice usted, madre!

–Que creo que tu padre quiere que nos reunamos con él.

El joven abrió los ojos todo lo que pudo, se encogió de hombros y movió las manos dejando las palmas abiertas hacia arriba pidiendo una explicación.

–Hace unos días ha llegado una carta, bueno... no era ninguna carta, era un sobre con esta fotografía –explicó mientras abría el sobre y sacaba la fotografía para enseñársela a su hijo. Dejó pasar unos instantes para que la pudiese ver y añadió –Es tu padre poco después de irse.

A Manuel se le cambió el color de la cara. Le temblaba la fotografía en la mano. Tenía ocho años cuando su padre huyó y su imagen se había difuminado en el tiempo. En la casa no había ninguna fotografía de él, ni siquiera del día de la boda, eran demasiado caras, un lujo que no se pudieron permitir, y Manuel, que no había vuelto a ver a su padre, no le hubiese reconocido doce años después. O quizás sí, porque al mirar la fotografía parecía que se estaba viendo a sí mismo, y la madre, que le adivinó el pensamiento, le dijo:

–Sí, cuando te veo a ti le veo a él. Le veo cuando te alejas, cuando te acercas, le reconozco en tu forma de andar, de enfadarte... te pareces mucho a él, muchísimo.

–Pero... madre ¿Y cómo sabe que quiere que vayamos con él? Usted ha dicho que con la fotografía no venía ninguna carta.

Tu padre y yo nos conocíamos muy bien. ¡Mira la torre al fondo de la plaza, le dijo a su hijo señalando con el dedo! Siempre soñamos con visitar esta torre. Él quiere que sepamos que está allí, en la plaza de nuestros sueños.

–¿Usted cree, madre? Puede ser una casualidad. La foto se puede haber tomado así sin intención.

–No, no es una casualidad. La torre parece que no está, pero es el alma de la foto, –la mujer hizo un silencio para comprobar si convencía a su hijo y prosiguió un poco aturullada dando detalles sobre los que llevaba pensando muchas noches–. La torre es la única que se fija en las cosas, la gente, sin embargo, mira para otro lado. Tu padre está tranquilo y su vida no le importa a nadie. ¿Ves? El de la derecha es un hombre elegante y está mirando hacia arriba, fijándose en algo que está lejos, en lo alto. El otro hombre va vestido como nosotros y mira hacia el suelo, como si allí pudiese ver lo que le preocupa. Pero ninguno mira a tu padre, en la capital no es como en el pueblo, hijo, en la capital cada uno hace su vida y no se preocupa de los demás, y por eso él está tranquilo.

–Pero madre, y ¿por qué no mandó la foto cuando se la hizo? ¿Por qué la manda ahora? No creo que la foto signifique nada, madre. Ni siquiera sabemos si la envía él...

–Cuando se fue, tu padre me dijo que nuestra soledad no iba a durar siempre, que cuando pudiera vendría a por nosotros. Y yo, todos estos años, he creído que sería así. Me levanto todos los días esperando que venga a buscarnos...

–Pero madre...

–No, déjame acabar. Él no manda una foto reciente para que la gente no pueda ver cómo es ahora. ¿Y si la foto se pierde? ¿Y si alguien coge la carta?... Date cuenta que para mucha gente es un asesino. El pueblo no ha olvidado. Si se pierde esta foto no pasa nada, nadie entiende lo que quiere decir. Si alguien encontrase esta foto vería al hombre de hace diez o doce años, algo sin valor. Sin embargo, una foto de ahora podría decir muchas cosas de tu padre.

–Es que no es más que una foto de hace doce años, una foto de cuando padre se fue, que no quiere decir nada.

–Sí, pero la envía ahora, y si lo hace es por algo. Déjame que te cuente una cosa. Tu padre se sentaba muchas veces debajo de los olivos, casi siempre debajo de uno que hay junto al camino, pasando el cercado, me habrás visto pasear muchas veces cerca de él. Decía que no hay nada mejor en el mundo que estar a la sombra de los olivos, que es como si la tierra te protegiese. Muchas veces me esperaba allí, a la sombra del árbol que nos protege, y yo adivinaba que me estaba esperando. Entonces iba junto a él, me sentaba a su lado, y nos pasábamos las horas hablando.

Manuel volvió a coger la fotografía en sus manos. La observó detenidamente, cada esquina, cada pliegue, cada detalle. Pasó la yema de los dedos por encima, como si el tacto le fuese a decir algo más de lo que le decían sus ojos, que se habían humedecido de tanto mirar la imagen.

–Yo no veo más que dolor madre. Ese hombre está solo y no transmite nada más que dolor.

–Claro que transmite dolor, Manuel. Tu padre refleja dolor porque está solo y porque mató a un hombre –dijo la madre levantando la voz–. Pero la fotografía habla. ¿No te das cuenta de que habla? –continuó diciendo con energía, moviendo las manos y acercándose a su hijo. Está bajo un árbol. Está a la sombra de un árbol que le protege. Y está esperando en la plaza de nuestros sueños de la misma manera que me esperaba a la sombra de los olivos. Nos está hablando hijo, nos está hablando ¡eso es lo que creo!... Que tu padre nos está hablando.

El muchacho se llevó las manos a la cara, se restregó los ojos para convencerse de que la foto era real, volvió a fijar la mirada en aquella foto que tanto le estaba haciendo dudar, y antes de que pudiese hablar soportó un nuevo aluvión de palabras de su madre, que se estaba sacando de encima años de silencio y de soledad.

–La foto habla. La fotografía es la voz de tu padre. Por eso no hace falta ninguna carta, porque tu padre nos habla con las imágenes, nada es casualidad. Nos está esperando en la plaza de nuestros sueños, pero no sé cuándo, hijo, no sé cuándo quiere que vayamos.

¡No sé cuándo, hijo, no sé cuándo quiere que vayamos!... ¡No sé cuándo!... ¡no sé cuándo!... ¡No sé cuándo!... Las últimas palabras de su madre rebotaron aquella noche una y otra vez en la cabeza de Manuel como una tortura sin fin. Al día siguiente

tampoco había empezado a clarear cuando se levantó, se vistió con su traje de pana y salió al pozo a sacar agua. Ni siquiera comprobó si el cántaro estaba lleno, apenas había dormido en toda la noche y quería levantarse y mantenerse ocupado. No sintió el dolor de los huesos, ni de los hombros. Dejó el cubo de agua en el brocal y se acercó caminando hasta el olivo donde su madre le dijo que su padre y ella solían sentarse. Imaginó un día radiante y la sombra del árbol protegiéndoles. Se sentó, apoyó la espalda en el tronco y miró la luna y las estrellas, y deseó que su padre estuviese allí para preguntarle qué hacer. Cuando entró en la casa, su madre ya le había preparado un trozo de pan de hogaza con aceite y había colocado el puchero en las brasas de la chimenea para hacer café.

–¿Qué haces levantado tan pronto, hijo? –le dijo sin dejar de preparar los tazones para el desayuno.

–No podía dormir. No he podido dormir en toda la noche. Creo que lleva usted razón y que padre quiere que vayamos a buscarle.

La madre le miró inmóvil –¿Por qué piensas eso ahora? –contestó–. Anoche tuve la sensación de que me tomabas por una loca.

–No lo sé, madre. Un presentimiento. Y además, sé cuándo tenemos que ir.

La madre dejó encima de la mesa el tazón de barro, se secó las manos en el vestido y se acercó a su hijo con ojos de sorpresa.

–¿Qué sabes cuándo tenemos que ir? ¿Cómo lo sabes? ¿Cuándo?

–Con la luna llena. Bueno... lo de la luna llena se me acaba de ocurrir en el olivar. Creo que nos espera en Semana Santa. ¿Tiene usted la foto a mano, madre?

Ella fue corriendo a su dormitorio, buscó en el cajón superior de la cómoda y volvió con el sobre y un temblor nervioso que le recorría todo el cuerpo.

–Mire, esto es lo que le quiero enseñar –dijo Manuel moviendo el dedo índice sobre la foto. Llevo toda la noche pensando en ello. ¿Ve usted los balcones? ¿Ve las banderas? Todos los balcones están adornados para una fiesta. Las banderas solamente se ponen en los balcones en Semana Santa, en el recorrido de las procesiones. Bueno, quizás se adornen las casas algún día más, pero la Semana Santa llega dentro de quince días.

–No me había fijado en las banderas de los balcones.

–Todo tiene lógica. Quiere que vayamos en Semana Santa, cuando más gente viaja, por eso ha mandado la foto.

–La luna llena... la luna llena de Semana Santa –susurró María.

Los días siguientes María Contreras y su hijo se dedicaron a sus tareas del campo como de costumbre. Pasaban las tardes a la sombra de un olivo, junto al camino, nada más pasar el cercado, y al llegar a casa, antes de cenar, le echaban un vistazo a la fotografía que María guardaba en su dormitorio. Eran las cinco de la mañana del Domingo de Ramos cuando emprendieron el camino a pie hasta la estación nueva de ferrocarril. A media mañana subieron al tren en un viaje sin regreso con rumbo a la plaza de los sueños, donde pensaban que un hombre cargado de dolor, con el rostro difuminado por el paso del tiempo, les esperaba.